

## UNA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE EN FERDINAND DE SAUSSURE\*

*Juan Manuel Cuartas R.*

### RÉSUMÉ

*La recherche relative au langage constitue l'objet de réflexion du linguiste, du philosophe, du sociologue et du psychologue ce qui engage au travail interdisciplinaire. L'article étudie les présupposés d'un penseur qui a médité les théories sociologiques et philosophiques de son temps pour penser le langage. La pensée de F. De Saussure ne perd pas de son actualité dans la mesure où sa singularité consiste, pour une part, dans le fait de déenchaîner les exigences de la méthode estructuraliste et, pour une autre, de compromettre la réflexion ligistique avec celle de la sociologie et de la philosophie. Deux concepts saussuriens fondamentaux, "valeur lingüística" et l'arbitraire relatif, sont toujours aujourd'hui motifs de réflexion et de discussion.*

*«Saussure bien podría haber esbozado una nueva filosofía de la historia»*

*Maurice Merleau-Ponty*

Es de todos sabido que la disposición editorial del *Cours de linguistique générale* de Ferdinand de Saussure fue obra de sus discípulos Charles Bally y Albert Sechehaye, y que las fuentes manuscritas para su estudio se multiplicaron a partir de las notas de otros de sus estudiantes; no obstante, para efectos de exposición, en lo sucesivo obviaremos que la ordenación del curso o de los cursos de Saussure haya traído o no implicaciones negativas en cuanto a la exposición de las ideas del maestro,

\* Conferencia presentada en el marco de un encuentro de egresados del Departamento de Filosofía de la Universidad de Caldas, llevado a cabo en Manizales en junio de 1998.

pues no resulta presumible de ninguna manera la tergiversación absoluta de las mismas.

Saussure concluye su *Cours* en los siguientes términos: «De las incursiones que acabamos de hacer por los dominios limítrofes de nuestra ciencia, se desprende una enseñanza enteramente negativa, pero tanto más interesante cuanto concuerda con la idea fundamental de este curso: la lingüística tiene por único y verdadero objeto la lengua considerada en sí misma y por sí misma»<sup>1</sup>. Esta consideración estricta para los estudios lingüísticos revela el plan de Saussure, es decir, su proyecto metodológico aplicado a la sincronía del sistema lingüístico; bajo una perspectiva racionalista interesada por la lógica interna y por la universalidad del sistema lingüístico, esta ciencia objetiva, no especulativa, podrá reconocer en lo sucesivo en la consideración de las relaciones de interacción sincrónica el principio constitutivo de la lengua. Las lecturas realizadas del *Cours de linguistique générale* desde su publicación en 1916, han recaído, efectivamente, en la orientación de la ciencia lingüística como disciplina aplicada al plano de realización sincrónica de la lengua, tal como la concibió Saussure, sólo que salvando la distinción del objeto, que en virtud de su prioridad, pasó rápidamente a ser el “habla” y no la “lengua”. No es de extrañar entonces que allí donde se exponen de manera más elocuente los principios generales resaltados por Saussure en relación con la naturaleza del signo (significante vs. significado), arbitrariedad, carácter lineal del significante, doble caracterización mutable/inmutable, confluyen las diferentes escuelas en el reconocimiento de una dualidad interna de la lengua (sincronía vs. diacronía), tal como la había planteado Saussure; y así, de las lecturas y discusiones adelantadas de manera enfática en relación con el perfil sincrónico de la lengua, devendrán no solo el estructuralismo y las escuelas descriptivistas que le son afines, sino también la actual lingüística textual, con su punta de lanza, el análisis del discurso.

¿Hemos de significar entonces que el acelerado ritmo de las investigaciones lingüísticas durante el siglo XX ha partido de una comprensión de los postulados de Saussure?, efectivamente; las corrientes

1. SAUSSURE, Ferdinand de *Curso de lingüística general*. Editorial Losada, S.A. Buenos Aires. 1945, p. 364. El subrayado es nuestro.

lingüísticas han querido dar cuenta del lenguaje verbal como presencia determinada del sujeto en la cultura, donde el enfoque sincrónico de la lengua propuesto por Saussure radica en el complejo lengua -razón- voz, como reconocimiento y estructura social de los usos lingüísticos.

Propuesta en los términos de la gramática tradicional, la lengua era estudiada en el interior mismo de la filosofía, donde respondía a un conjunto de normas destinadas al buen uso, bajo criterios normativo-prescriptivistas que privilegiaban la forma escrita; la descripción de los fenómenos basados en el sentido, no lograba empero bajo esta perspectiva, de manera completa y sistemática, dar amplia cuanta del objeto de estudio. En otras palabras, la lengua no soporta en la gramática tradicional más reflexión que la visión diacrónica del cambio; las alternancias, aglutinaciones y analogías, la coexistencia e indiferenciación de algunos rasgos de las lenguas, en fin, la "etimología" como motivo amplio constituyen y celebran aquí el aspecto parcial del sentido. Pero Saussure desbordará en un esquema sincrónico todo el saber posible acerca de la lengua, el cual, posteriormente afinado en los concepto de acto de habla, de discurso y de contexto, planteará para los estudios lingüísticos la lectura de fenómenos múltiples de coherencia, cohesión, presuposición, implicación, modalidad, etc.

Si aquella decisión de Saussure de eludir la escritura como objeto de reflexión iba contra la especificidad de una filosofía del objeto lingüístico según los parámetros de la gramática tradicional, el cambio operado a partir suyo será decisivo, y el giro filosófico más aún, pues no se tratará ya de indagar por el sentido de la palabra y la oración como nociones estructurales de la lengua en general, sino, en un gesto más problemático aún, de evaluar la cópula *expresión* vs. *significación*, reuniendo en la textura de una hoja el haz y el envés; el significante y el significado; dos instancias que Husserl indagó igualmente en su *Primera investigación lógica*. A la perspectiva diacrónica Saussure opondrá la perspectiva sincrónica, con la cual vislumbrar una suerte de ley pancrónica, ya que tanto la realización del habla como la genealogía lingüística interactuarán en el dominio de la ciencia lingüística; pancronía de la que podrá reconocerse además que la participación investigativa en los eventos lingüísticos no clausura la referencia al cambio. El tratamiento del factor tiempo en el interior de la ciencia lingüística, asociado a la multiplicidad

de signos en cuestión, impide declaradamente el estudio simultáneo de la evolución y del sistema lingüístico, razón por la cual el ámbito que metodológicamente concede Saussure a cada uno de los estudios por él descritos, será el siguiente: «La lingüística sincrónica se ocupará de las relaciones lógicas y psicológicas que unen términos coexistentes y que forman sistema, tal como aparecen a la conciencia colectiva. La lingüística diacrónica estudiará por el contrario las relaciones que unen términos sucesivos no apercibidos por una misma conciencia colectiva, y que se reemplazan unos a otros sin formar sistema entre sí»<sup>2</sup>.

Así, la serie de aspectos que modifican la lengua, referirá las discusiones prospectiva y retrospectiva aplicadas a la “evolución” como criterio inductivo del comportamiento lingüístico, en tanto que los testimonios de los hablantes exigirán el análisis del discurso al margen del rigor propiamente genealógico. Pero esto que afirmamos no consigue ser del todo verdad, porque ¿cómo podría en cualquier caso el análisis del discurso prescindir, de un lado, de la reflexión filosófica del lenguaje que trae a cuenta las eternas dificultades de la referencia, el significado y el uso, y, de otro lado la reflexión del aspecto genealógico lingüístico que trae a cuenta dos instancias determinantes del discurso: la presuposición y la implicación?

De cara a una versión multidireccional del análisis lingüístico, el investigador se ve obligado a fusionar los ámbitos genealógico y sincrónico en un concepto que no será exclusivamente el código lingüístico, porque ya la apropiación de un instrumento lingüístico es un aprendizaje, una derivación de estrategias de acción, distribución de inventario, en fin, una invención del dominio de participación en los contextos con cada preferencia y con cada selección lingüística. En este sentido, la dicotomía más importante planteada por Saussure es la que advierte la relación entre la fijación de estructuras lingüísticas y su singular modificación; en otras palabras, el evento lingüístico determinado en una sincronía conversacional que fija unos preceptos comunicativos al mismo tiempo que aventura mecanismos de desgaste y novedad lingüística. Dicha dicotomía, que nos abstengamos de nombrar por evidente resulta, así descrita, una especie de *mónada*, de sustancia

2. *Ibid.*, p. 337.

individual que revela la inserción de reglas y la descripción de principios en el juego mismo de la lingüística, en la medida en que cada *mónada*, como cada lengua, constituye un punto de vista global acerca del mundo.

El propio Saussure concluye su propuesta original en los términos de una coincidencia del análisis sincrónico, procediendo a la descripción de lenguas en un afán continuado por determinar métodos alternos que den cuenta de la realización de enunciados y la categorización de los mismos, al margen de la reflexión comparatista e historicista; un afán desenfrenado por configurar el estructuralismo que de manera inductiva propusiera leyes y ejemplos, sin vislumbrar, a cambio que toda descripción sincrónica es a su turno patrimonio del saber diacrónico de las lenguas. Ahora bien, bajo muchas perspectivas de la indagación científica del lenguaje, tal como se da en nuestros días, los principios de descripción saussureana podrían resultar, por supuesto, obsoletos, debido a la evolución misma de las ideas y métodos en el orden de la investigación, que se fija hoy en cada caso objetivos más del orden sociológico, psicológico y propiamente textual, que simplemente especulativos y descriptivos. Lo anterior no quita, sin embargo, la posibilidad de volver sobre algunos planteamientos de Saussure enmarcados más en el orden de una reflexión filosófica del lenguaje; en otras palabras, Saussure, como los gramáticos del siglo XVIII, como Herder Humboldt, Condillac, Cordemoy, se asegura un lugar en la historia de las ideas lingüísticas debido a la filiación de algunos de sus principios a un tratamiento filosófico integral del lenguaje: «No resulta difícil justificar la presencia de Ferdinand de Saussure en un panorama de grandes filósofos -anota Georges Mounin-. Si se trata, en efecto, de colocar en él a aquellos hombres cuyo pensamiento, por muy especializado que fuese en su punto de partida, ha dejado una huella en la historia del espíritu, debemos situar en su lugar de honor a un hombre que, aunque tardíamente, ha marcado, y sin duda enriquecido, la trayectoria de pensadores como Merleau-Ponty, Lévi-Strauss, Henri Lefebvre, Roland Barthes, Jacques Lacan, Michel Foucault y, a través de ellos, a todas las ciencias humanas de hoy en día»<sup>3</sup>.

3. MOUNIN, Georges. *Saussure, presentación y textos*. Editorial Anagrama. Barcelona. 1971, p. 7

Las bases del pensamiento saussureano no consiguen ser, de manera definitiva, simplemente lingüísticas, en cuyo caso no habría hecho más que contribuir con un método de indagación lingüística; todas las revoluciones en materia de filosofía del lenguaje en el presente siglo, como las de Saussure, Austin, Wittgenstein y Chomsky, conciben el lenguaje desde un sistema heredado de preceptos, volcándose hacia una reflexión nueva que traerá una práctica nueva. Así, si como lo propone Chomsky, los conceptos de Cordemoy por ejemplo, recogen de Descartes la singular idea de la “conciencia del otro” y, aunque discutida, la del “aspecto creador del uso del lenguaje”; a su turno Saussure recoge del pensamiento de Émile Durkheim (1858-1917) y de las teorías de economía política de Léon-Marie-Esprit Walras (1834-1910), no propiamente ideas lingüísticas, sino sólidos fundamentos sociológicos y económicos de cara a su concepción de la lengua como entidad de orden social, y del valor lingüístico como función de equilibrio. Aunque no cabe descartar, de otro lado, las determinaciones propiamente lingüísticas que motivaron una reflexión como la de Saussure, es claro que éste se planteó en discordia con los paradigmas teóricos anteriores, de los que se desprendió con el aliento del promotor de una “revolución”, en el más claro sentido kuhniano del término.

La lengua como hecho social, exterior y de conformidad, es ya una idea de Durkheim, quien entiende el “hecho social” en general, como anterioridad de la mayor parte de las representaciones colectivas respecto a todos los individuos. Esa suerte de presión que ejerce el grupo social organizado determina en el individuo una conformación y representación de sí y de sus valores e instrumentos de participación deducidos y restringidos de los parámetros y tiempos que el grupo social ha establecido; la aparente espontaneidad del individuo en sus actos y expresiones no obedece así más que a una instalación en los circuitos de intercambio que le permiten su despliegue como individuo social. De la misma manera que educar es imponer modos de ver, sentir, obrar según fórmulas de la costumbre colectiva, asimismo hacer uso de una lengua concede al individuo el auto-reconocimiento de su participación en un entorno social. «Es hecho social -anota Durkheim- todo modo de hacer, fijo o no, que puede ejercer una coerción exterior sobre el individuo; o, también, que es general en todo el ámbito de una sociedad dada y que, al

mismo tiempo, tiene una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales»<sup>4</sup>.

Recapitulemos, en un primer orden de ideas decíamos que la reflexión de Saussure integra lógica y lenguaje, en el afán de representar mecanismos de coherencia que respalden la singularidad de una lengua; bajo este propósito quedaba asegurada toda su formación como lingüista comparatista, pero, ante todo, su interés por reponer a la lingüística un criterio de solidez auto-realizativo y sincrónico: la lógica. Quizás los dos desarrollos más filosóficos de Saussure correspondan, en este sentido, por un lado a la por él denominada “arbitrariedad relativa del signo”, en cuyo trasfondo, como veremos, actúa una reflexión lógica del lenguaje. Y, de otro lado, el concepto de “valor lingüístico”, que muy pronto, hacia 1917 llevaría a Shechehaye a concebir: «la ciencia de la lengua es una ciencia de los valores»<sup>5</sup>. Desarrollemos ahora por partes estas dos perspectivas filosóficas de las ideas de Saussure.

#### **CONCEPTO DE LO ARBITRARIO RELATIVO**

No debemos perder de vista, como primera medida, la aspiración de Saussure de que los signos fueran “arbitrarios absolutos”. Y al decir “aspiración” estamos recogiendo esa prioridad del sistema lingüístico desde la que Roland Barthes quiso hacer su lectura del universo semiológico de la cultura. Ya en la comparación que Saussure efectúa entre los símbolos, a los que concede cierta naturalidad representativa, y los signos lingüísticos, insuflados de arbitrariedad, prevemos la reserva que desestima su consideración de los signos como “arbitrarios absolutos”, porque la calidad simbólica del signo no estará declaradamente ausente más que en una versión acultural de las lenguas.

Si se nos permite un paréntesis, vamos a considerar como apenas obvio que en todo momento el hombre se ha mostrado inquieto por el lenguaje y ha inquirido, desde su propia realidad lingüística por problemas que serán trascendentales en la historia de las ideas acerca del lenguaje: el signo y su relación con las cosas, con el uso y las ideas. Desde esta

4. DURKHEIM, Émile. *Las reglas del método sociológico*. Altaya. Barcelona. 1995, p. 68.

5. SHECHEHAYE, Albert. *Revue Philosophique*, vol. LXXXIV, julio-diciembre, 1917, pp. 25-30

perspectiva la reflexión lingüística se mostrará singularmente activa en todas las épocas, y nos compete a nosotros volver a pensar el lenguaje como lo pensaron Platón, Aristóteles, Ockham, Humboldt, Herder, Saussure, para citar sólo algunos capítulos cruciales de esta historia. En otras palabras, resulta inconcebible que la incursión lingüística contemporánea adolezca de ideas y preguntas acerca del lenguaje, y que las recientes generaciones de lingüistas, en su apego a las técnicas de descripción y análisis del discurso, hayan decaído en su esfuerzo por indagar el lenguaje, pilar de la acción y el pensamiento humano no lo suficientemente descrito como podría pensarse. Los modelos recientes en lingüística enmiendan, como anotamos, la necesidad de dar algunos pasos atrás para reconocer el lenguaje como problemática, porque la instancia de lengua, el universo del uso y los contextos son en sí mismos focos de realización del conocimiento mismo del hombre, e ignorar la vinculación del lenguaje con aspectos cruciales relacionados con el estar en el mundo, como la cultura, la ética y la *poiesis*, sentido este último en el que aborda Heidegger el lenguaje, es renunciar al auto-reconocimiento, y conceder la alienación propia de los modelos.

La novedad de las ideas en relación con el lenguaje mostrará en cada ocasión su propia validez, ejecución y dominio en la medida en que efectúe una "apertura de campo", es decir, en razón de una relectura crucial de los mismos imbricados asuntos del lenguaje. La vinculación de reflexiones alternas, elocuentes y complementarias enriquecerá, como es apenas obvio, la consideración siempre parcial de los usos lingüísticos. Este vector paradigmático del análisis del lenguaje, que ha corrido en el último siglo a una velocidad desaforada, no es ya cuestión exclusiva de los lingüistas, sino, como bien lo intuyó Saussure, una responsabilidad interdisciplinar total; para citar sólo algunos ejemplos, responde a los desarrollos de Austin en relación con los actos de habla, quien produjo una apertura desde el lenguaje jurídico; o en Lev Vygotsky, hacia el desarrollo cultural de las funciones psíquicas; en Searle, hacia el por él denominado "redescubrimiento de la mente"; en Chomsky, hacia el conocimiento del lenguaje, su naturaleza, orígenes y uso; en fin, en Wittgenstein, hacia el lenguaje común como indeterminación de una gramática de los saberes lógico y lingüístico. Pero en Saussure la "apertura de campo" estuvo orientada hacia la reconsideración del signo,

como si se tratara en su caso más de un hermenéuta que de un lingüista, que al volver sus ojos hacia el signo como objeto problemático, reconoce en él una nueva tentativa de la instancia de lo arbitrario.

Pero el reto será siempre, en materia de lenguaje, romper las explicaciones que han demorado más de lo permitido; tal como logró conseguirlo Rousseau en relación con la explicación teológica del lenguaje, como lo hizo Saussure con los comparatistas, Chomsky con el estructuralismo, Austin con la tradición filosófica que recogía criterios de verdad o de falsedad de los enunciados al margen de su utilización y realización en los eventos comunicativos. Y en la configuración de esas rupturas estará siempre en juego la efectiva renovación de las ideas acerca del lenguaje, porque puede parecer muy del sentido común, por ejemplo, una explicación teológica del origen del mundo donde la naturalidad del lenguaje de Dios es la originalidad misma del mundo del hombre, pero esta versión dista mares y caminos de la versión aún enmarcada en el *mythos* de Heráclito acerca de la justeza natural de las palabras, entendida en los términos de una *coincidentia oppositorum* que deben conseguir expresar las palabras para respaldar la movilidad inalienable del Ser, y mucho más lejos aún de la consideración epistemológica de Russell acerca del lenguaje como algo “transparente”, medio a través del cual ver directamente el mundo, cuyo uso no exigiría ninguna atención especial.

Pero el plan de la presente comunicación tiene que ver con Saussure, quien en la propia evolución de su pensamiento pasó de la consideración del Sánscrito en su tesis doctoral titulada *De l'emploi du génitif absolu en Sanscrit*, defendida en febrero de 1880, a términos bien precisos de la discusión moderna en relación con el lenguaje: la sociedad y el individuo, la lengua y el habla. Ciertamente tal parangón no tenga nada de insólito si se recuerda la célebre pregunta de Rousseau en el siglo XVIII, otro ginebrino, como Saussure: “¿que ha sido más necesario, la sociedad ya imbricada, para la institución de las lenguas, o las lenguas ya inventadas, para el establecimiento de las sociedades?”; en tiempos de Rousseau - como se sabe- había un problema central que inquietaba a pensadores de todas las áreas; se trataba del Estado, y claro, la discusión acerca de las lenguas no se marginó de la disquisición en torno, por ejemplo, al prestigio de un estado u otro para efectos del ejercicio mismo de la filosofía, el

desarrollo del pensamiento científico, y la promulgación de la legislación de las naciones. Pero en tiempos de Saussure ya no significaba lo mismo esa alusión tan marcadamente política; el “hecho social”, a cambio, daba en el blanco de una nueva versión de lengua y sociedad, porque así como Durkheim declaró pertinente la exposición de las reglas para un método sociológico, asimismo Saussure concedió prioridad al estudio del sistema lingüístico que respalda cualquier tentativa de dominio en relación con los saberes acerca del lenguaje.

Ahora bien, si consideramos en detalle los términos de Saussure en relación con el signo, su actitud para encarar este singular problema lingüístico consistirá, como el de todo gran investigador, en la duda; duda de la libertad del individuo en cuanto a su conocimiento del lenguaje, duda en relación con los saberes propiamente lingüísticos de la gramática tradicional. Y será de las nociones fundamentales de “mutabilidad” e “inmutabilidad” del signo lingüístico, de cuyo análisis Saussure deducirá una de las soluciones más reclamadas por la filosofía del lenguaje desde Heráclito y Platón: la arbitrariedad -no obstante- relativa del signo. “Los lingüistas tienen que ser conscientes de lo que hacen”, escribía Saussure a Meillet en una carta del 4 de enero de 1894; y lo que hacen depende, como primera medida, de su indagación plena del signo, porque allí donde la secularización de las ideas lingüísticas nos ha enseñado a ver una absoluta arbitrariedad, es posible invocar, respaldado en una juiciosa observación, que el signo responde a una arbitrariedad relativa. Desarrollemos un poco esta idea.

Entre las influencias lingüísticas de Saussure, la que está llamada a reconocerse como fundamental es la del lingüista norteamericano William Dwight Whitney (1827-1894), de quien el mismo Saussure afirma: “*Whitney, qui du premier coup était dans la direction juste, et n'a besoin aujourd'hui que d'être patiemment suivi*”<sup>6</sup>. Del primer libro de Whitney, *Language and the Study of Language* (1867), Saussure recoge planteamientos básicos sobre la relación entre la innovación lingüística del individuo y los principios conservadores de la lengua, no concebida aún como sistema; en Whitney, Saussure encontró un respaldo para

6. “Whitney, quién desde el primer momento estaba en la dirección correcta, y no hay mas necesidad que seguirle pacientemente”. Ferdinand de Saussure, tomado de un manuscrito aún no publicado [N 10, p. 4 (cf. SM 37)].

confrontar la tesis del momento que insistía en ver el lenguaje como un organismo vivo, posición a la que ambos antepusieron el criterio de que el lenguaje es una “institución”; en palabras de Whytney, el lenguaje “no es producto físico, sino una institución humana, preservada, perpetuada y cambiada por la acción humana”<sup>7</sup>. Son célebres, a este respecto, las palabras de Saussure: “Whitney dijo: el lenguaje es una Institución humana. Esto cambió el eje de la lingüística”<sup>8</sup>. Saussure recoge asimismo de Whitney la convicción de que la lingüística es una ciencia doble, aunque los términos propuestos por Whitney fueron “histórica” y “anti-histórica”, y los de Saussure sincrónica y diacrónica, como exponíamos hace un momento.

Pero el punto que nos interesa es el relacionado propiamente con los signos lingüísticos, que Whitney había considerado como un sistema arbitrario (léase convencional) para el pensamiento; aspecto problemático y crucial en el que Saussure, movido a exponer conclusiones rigurosas en relación con su tesis de la arbitrariedad relativa del signo, instaura, muy pronto en el siglo XX, una discusión de considerable trascendencia de cara a los problemas de la filosofía del lenguaje: «Para hacer ver que la lengua es pura institución -comenta Saussure-, Whitney ha insistido con toda razón en el carácter arbitrario de los signos; y con eso ha situado la lingüística en su eje verdadero. Pero Whitney no llegó hasta el fin y no vio que ese carácter arbitrario separa radicalmente a la lengua de todas las demás instituciones. Se ve bien por la manera en que la lengua evoluciona; nada tan complejo: situada a la vez en la masa social y en el tiempo, nadie puede cambiar nada en ella; y, por otra parte, lo arbitrario de sus signos implica teóricamente la libertad de establecer cualquier posible relación entre la materia fónica y las ideas. De aquí resulta que cada uno de esos dos elementos unidos en los signos guardan su vida propia en una proporción desconocida en otras instituciones, y que la lengua se altera, o mejor, evoluciona, bajo la influencia de todos los agentes que puedan alcanzar sea a los sonidos sea a los significados. Esta evolución es fatal; no hay un solo ejemplo de lengua que la resista.

7. WHITNEY, William Dwight. *Language and the Study of Language*, p. 152.

8. Citado por Roman Jakobson en *Nuevos ensayos de lingüística general*. Siglo XXI editores. México. 1976, pp. 291-292.

Al cabo de cierto tiempo, siempre se pueden observar desplazamientos sensibles»<sup>9</sup>.

A partir de este momento, la propia consideración de Saussure acerca de la arbitrariedad absoluta del signo es puesta en entredicho, permitiendo recoger una suerte de autonomía del signo en relación con su parcela inmotivada, el significado. Por supuesto, el signo lingüístico no es sólo forma, significante o sonido, en cuyo caso atravesaría las mismas dificultades de asistematicidad de las emisiones sonoras de los animales; al signo le acaece el significado, como huella de sentido que a lo largo de la historia habrá arrastrado innumerables soluciones de comunicación en el plano del contenido. Y será el significado precisamente, “del que sabemos tan poco” (para decirlo con palabras de Chomsky), la presencia más problemática de la investigación lingüística y filosófica que quedará por explorar en la investigación saussureana, convirtiéndose en uno de los asuntos más controvertidos en el seno de sus ideas, pues aunque le dediquemos al significado todo un capítulo, como problema derivado del problema de la “identidad” del objeto lingüístico que es, nos ganará la partida, porque del significado habla la auto-referencialidad del lenguaje, solución que nos pone de cara nuevamente a las gramáticas de uso de las lenguas, frente a las que el propio Saussure expresó tanta reserva.

Evidentemente nuestra época, en la que se revive con la misma intesidad de otros tiempos la disputa *nominalismo* vs. *realismo* a través de filósofos como Nelson Goodman y Hilary Putnam, para citar sólo un representante de cada vertiente, no es la propicia para desvalorizar drásticamente cierta convencionalidad natural del signo, porque no es tampoco el momento para afirmarla sin reservas; en este sentido la investigación lingüística debe proponerse más bien aislar, como insinúa Saussure, el sistema de las lenguas como un universo semiológico característico, responsable del pensamiento mismo del hombre y de su localización como individuo en la realidad y en los valores de la cultura.

La clave de la pesquisa saussureana en los dos sentidos que venimos indagando: el signo como arbitrario absoluto y el signo como arbitrario relativo nos la da, sin embargo, Jean Starobinski en su comentario al estudio de los *Anagramas* de Saussure, que se conservara inédito hasta

9. SAUSSURE, Ferdinand de. *Curso de lingüística general*. Ed. cit., p. 142.

la década de los 60s.;<sup>10</sup> aquella dedicación de Saussure a la poesía clásica hindú, griega, romana, germana, en apariencia ajena a los problemas del *Cours de linguistique générale*, estaba animada por un principio defendido por éste en el *Cours*, la idea del privilegio de la voz, y el desmerito de la escritura: son varios los pasajes que en este sentido se pueden entresacar del *Cours*: «Lengua y escritura son dos sistemas de signos distintos; la única razón de ser del segundo es la de representar al primero; el objeto lingüístico no queda definido por la combinación de la palabra escrita y la palabra hablada; esta última es la que constituye por sí sola el objeto de la lingüística»<sup>11</sup>. Pero la argumentación de acusación a la escritura no se detendrá en Saussure en ese juicio secularizado que la considera como el invitado tardío en el festín de las lenguas, pues Saussure previó con claridad meridiana que dar un lugar de inferioridad a la escritura era superar definitivamente el impreciso objeto de estudio de Bopp y los neogramáticos, quienes vislumbraron una interpretación científica de las lenguas como cuerpos naturales orgánicos construidos según determinadas leyes: «La lengua tiene una tradición oral independiente de la escritura, y fijada de muy distinta manera -argumenta Saussure-; pero el prestigio de la forma escrita nos estorba el verla (...). En primer lugar, la imagen gráfica de las palabras nos impresiona como un objeto permanente y sólido, más propio que el sonido para constituir la unidad de la lengua a través del tiempo. Ya puede ese vínculo ser todo lo superficial que se quiera y crear una unidad puramente ficticia: siempre será mucho más fácil de comprender que el vínculo natural, el único verdadero, el del sonido»<sup>12</sup>.

Esta última cita nos da la clave -como decíamos- para entender las búsquedas de Saussure de anagramas en la poesía clásica. Por supuesto, la etimología de *ana-grama* nos remite a la escritura, y no al sonido, donde nos concita a ver cierta inexplicable función de las letras de una palabra transpuestas en otra, como si de súbito nos fuera revelado que la primera palabra contenía a la segunda; los ejemplos recitados por los

10. STAROBINSKI, Jean. «Los anagramas de Ferdinand de Saussure (textos inéditos), en SAUSSURE, Ferdinand de». *Fuentes manuscritas y estudios críticos*. Siglo XXI editores, S.A. México. 1977, pp. 215-247.

11. SAUSSURE, Ferdinand de. *Curso de lingüística general*. Ed. cit., p. 72.

12. *Ibid.*, pp. 73-74.

manuales son: Roma -amor; Adán- nada. Pero el anagrama, o más concretamente, la anafonía, para utilizar desde ya el término aportado por Starovinski como justa expresión de las investigaciones de Saussure (este celoso vigilante de las usurpaciones de la letra en los predios del sonido), tiene en la poesía clásica una presencia tan decidida que casi hace pensar en ritmos naturales de las palabras y las frases, en verdaderas formas de sinestesia entre el sonido y el significado de los versos. Llama la atención que la poesía clásica se muestre desde India, Grecia y Roma, tan aferrada a esos ritmos anafónicos, auto-reconstructivos del sentido, en los que las mismas sílabas de un verso pueden respaldar el significado del verso, o por otro lado, pueden crear la sospecha de la presencia en el verso de otro verso, y como tal, de un significado diferente, como si se tratara aquí del sonido como un surtidor natural de sentido empleado en la tradición clásica de la dicción poética; tradición que de golpe no estaría tan lejos de los ritmos propios del habla, y menos aún del argumento definitivo de la arbitrariedad relativa del signo lingüístico, argumentación que demuestra una vez más los límites de las versiones teóricas radicales que desde Aristóteles han contemplado una exclusiva arbitrariedad del signo.

#### **CONCEPTO DE “VALOR LINGÜÍSTICO”**

La conciencia del lingüista que interroga el lenguaje no puede ser la misma que la de aquél que aplica su modelo de análisis, antes bien, la denuncia de los modelos, es decir, la denuncia de la colección de reglas como explicación suficiente de la naturaleza y uso de una lengua, debe constituir una preocupación de primer orden; en este sentido Saussure estuvo atento siempre a eludir la noción de corrección de las formas flectivas derivadas del griego y del latín, vislumbrando a cambio una realización lingüística que le permitiera vincular las dos instancias centrales del uso de las lenguas: los sonidos del plano material y el pensamiento del plano intelectual; de esta manera, el concepto prioritario de función gramatical defendido por la gramática tradicional fue reemplazado por el, en aquel momento novedoso, concepto de “valor lingüístico”, cuya realización involucraría, como decimos, las instancias sonido e idea.

La actitud filosófica de Saussure evidenciada en esta propuesta no es otra que la siempre buscada solución al problema pensamiento-lenguaje, indagado desde antiguo en los términos de una epistemología o de una lógica, y en más recientes capítulos de la filosofía, como en Husserl, en los términos de “las expresiones en la vida solitaria del alma”; para decirlo con sus palabras: «La palabra solo cesa de ser palabra cuando nuestro interés se dirige exclusivamente a lo sensible, a la palabra como simple voz. Pero cuando vivimos en su comprensión, entonces la palabra siempre expresa y expresa siempre lo mismo, vaya o no dirigida a otra persona»<sup>13</sup>.

Pero antes de mirar los detalles de la solución saussureana a los problemas de la función y la dinámica del signo expuestos en el concepto de “valor”, vale la pena hacer referencia al corte de preguntas propuestas por el mismo Saussure a lo largo del *Cours de linguistique générale*, pues es en sus preguntas, no en su propuesta de un método parcialmente anunciado como descriptivista, donde Saussure hace evidente su decisión por asuntos que competen a la naturaleza misma del lenguaje o dicho en términos fenomenológicos, a la implantación del lenguaje en el tiempo del hombre; y aunque los problemas del lenguaje derivados de las categorías aristotélicas constituirían por sí mismos el punto de enlace entre las reflexiones filosófica y lingüística, ello no ocurre de manera tan evidente en Saussure; veamos:

«¿Cuál es el objeto a la vez integral y concreto de la lingüística?»<sup>14</sup>.

«¿Es el sonido el que hace al lenguaje?»<sup>15</sup>.

«¿Cómo se le ocurriría a nadie asociar una idea con una imagen verbal, si no se empezara por sorprender tal asociación en un acto de habla?»<sup>16</sup>.

«¿Cómo se explica semejante prestigio de la escritura?»<sup>17</sup>.

«¿Cuáles son los principios de la escritura fonológica verdadera?»<sup>18</sup>.

«¿En qué se funda la necesidad del cambio?»<sup>19</sup>.

13. HUSSERL, Edmund. *Investigaciones lógicas* (I), 1, cap. 1 ß 8. Ediciones Altaya, S.A. Barcelona. 1995, pág. 241.

14. SAUSSURE, Ferdinand de. *Curso de Lingüística General*. Ed. cit., pág. 49.

15. *Ibid.*, p. 50.

16. *Ibid.*, p. 64.

17. *Ibid.*, p. 73.

18. *Ibid.*, p. 85.

19. *Ibid.*, p. 143.

«¿Qué es una identidad sincrónica? (...) ¿No se podrá estudiar la lengua desde un punto de vista pancrónico?»<sup>20</sup>.

«¿En un estado de lengua todo se basa en relaciones, ¿y cómo funcionan esas relaciones?»<sup>21</sup>.

«¿Cómo mantener la distinción absoluta entre la diacronía y la sincronía?»<sup>22</sup>.

La pertinencia de estas preguntas, diseminadas a lo largo del *Cours* apunta a la explicitación de la noción de “equilibrio sincrónico del sistema lingüístico”, respaldada en el concepto de “valor”, definido por Saussure como: “sistema de equivalencia entre cosas de órdenes diferentes”<sup>23</sup>. Valor recuperado de la participación del sonido en el lenguaje, de la imagen verbal en el acto de habla, del cambio -aunque suene paradójico- como identidad sincrónica y, decididamente, de lo que podamos deducir de la dualidad sincronía-diacronía. El desarrollo de estos interrogantes proyecta entonces, más que una ciencia de la linternística, un programa preciso en términos de filosofía del lenguaje, del que se reconocen con claridad las instancias que determinarán nuestro conocimiento del lenguaje, por un lado, y a partir de ahí la confrontación específica referencia-significado-predicación-uso, pilares en torno a los cuales ha girado la reflexión filosófica del lenguaje desde que Frege deslindara las dos funciones: referencia y sentido de cara a un mismo objetivo, el conocimiento lógico de la verdad a través del uso del lenguaje.

En la esperanza de que lo expuesto no se torne un galimatías, y que como tal no disperse la atención en relación con los niveles implicados en el concepto de “valor”, podemos afirmar que en Saussure la definición misma de “lengua” como sistema involucra todo el panorama de dificultades relacionadas con la comprensión de la noción de “valor lingüístico” sugerido como “sistema de los puros valores”, y como tal, globalizador de las equivalencias posibles entre los dos órdenes diferentes del significado y el significante.

Esa teoría del lenguaje que elaboramos todos a medida que nos

20. *Ibid.*, p. 185.

21. *Ibid.*, p. 207.

22. *Ibid.*, p. 232.

23. *Ibid.*, p. 147.

involucramos con el mundo, la cual consiste, en términos de Husserl, en el establecimiento de la conexión entre la significación y la referencia objetiva, constituye, en otro sentido, el presupuesto central del gran postulado saussureano en relación con la “identidad” del lenguaje, el cual, según sus términos, invita a concebir los sonidos del habla como externos al estudio de la lengua. Lo que en Husserl pasa a un segundo momento de investigación en términos de la aclaración fenomenológica de la función cognitiva entre expresiones e intensiones significantes, en Saussure invita a una reflexión en torno al criterio apropiado de realidad que asegure por qué conocer algo es ser capaz de reconocerlo como idéntico, ya en su aparecer como objeto, ya como forma lingüística significada. Ahora bien, mientras Husserl localiza la esencia de la expresión en la significación por ella incoada y consigue vincular al respecto la por él denominada “referencia intensional del objeto”, pretensión que en recientes arremetidas teóricas ha desencadenado la indagación por la intencionalidad y por la filosofía de la mente, Saussure introduce, en otro sentido, el problema filosófico de la “identidad” a través de la noción de significante, como queriendo saldar de una vez la problemática y proclamar que la identidad no reside en la significación, ni siquiera en la referencia, sino en un compromiso lingüístico más determinante, el “valor lingüístico”, criterio en el que, siendo apenas consecuentes, debemos reconocer la sistematicidad de la lengua, es decir, la tan consentida por Saussure sincronía de la lengua.

Se entiende, desde esta perspectiva, y para finalizar, que las escuelas estructuralistas hayan querido reconocer en el plano fonológico de la lengua el despliegue propiamente de la función lingüística, porque la función, que será siempre el concepto central de la filosofía del lenguaje, de la teoría del conocimiento, de la lógica, la matemática y la lingüística, evoca la dinámica de las relaciones y correspondencias más relevantes desde el punto de vista del lenguaje. Promoviendo la descripción lingüística como basada en la forma, los lingüistas han asumido a partir de Saussure, el criterio de “identidad” que éste reconoció en la noción de “valor” como relación de dependencia lógico-referencial, o dicho en términos más modernos, como rendimiento comunicativo que presupone al menos dos elementos conceptuales autónomos. Avizoramos entonces la tentativa sincrónica de Saussure, ante la cual la desafiada “identidad

diacrónica” no constituirá más que un dato lingüístico de relativa importancia, apenas traducible en términos de “valor lingüístico”.

**DE CARA A UNA HERENCIA FILOSÓFICA SAUSSUREANA:  
LEVI-STRAUSS, MERLEAU-PONTY, BARTHES**

Enunciado de esta manera, este aparte, que no pretende ser más que una invitación a la indagación interdisciplinar suscitada por el *Cours de linguistique générale* de Saussure, podría convertirse en futuras arremetidas en todo un nódulo de problemas, no propiamente en los cuatro autores en cuestión, sino en el estructuralismo como puesta en común de las disciplinas en el siglo XX, cuando tras la presión de un positivismo lógico respaldado por la seguridad del diálogo ciencia-tecnología, las principales reflexiones humanísticas, cabe decir, la psicología, la antropología, la lingüística, la semiología, la filosofía, acogieron la reflexión por la estructura como programación de los saberes.

Resalta, quién lo niega, en la primera mitad del siglo XX, el ámbito de discusión estructuralista al que se acogieron sin mayores reservas autores como Merleau-Ponty, Levy-Strauss, Barthes y otros, cada uno de ellos asegurando conceptos que se tornarán sistemáticos, por no decir sintomáticos de un discurso filosófico que los sucederá. Debido a que cada marco de ideas establece, en este sentido, un rigor de análisis que da cuenta de los pormenores del lenguaje, es por ello que su pertinencia para la filosofía resulta aún mayor; piénsese, al respecto en el inventario de ideas acerca de la relación individuo/sociedad de Lévy-Strauss, y en su descomunal delación de la “escritura” como irrupción de la diferencia del extranjero en la originalidad lingüística de las comunidades. Por su parte, la concepción del lenguaje de Merleau-Ponty, según la cual el sentido es inmanente a la forma lingüística, abrirá nuevamente la dimensión de reflexión fenomenológica que se merece el lenguaje. Ninguno de ellos pasará por alto entonces el panorama de conceptos que asegurara Saussure en su versión del lenguaje según las estables y dinámicas dicotomías: sincronía vs. diacronía, sintagma vs. paradigma, significante vs. significado, lengua vs. habla.

Los autores que hemos resaltado darán buena cuenta, en un primer momento, de la recepción conseguida por la obra de Saussure, siendo

Barthes en semiología, como lo fuera Hjemslev en lingüística, un defensor incondicional de la versión teórica de Saussure en relación con las dicotomías funcionales, la noción de "valor", la forma y la distinción lengua/habla. Barthes acoge sin miramientos la terminología saussureana y asimila a una naciente reflexión semiológica la distribución de los saberes propuestos por aquél en relación con el signo, donde la consideración del significante decidirá una presencia definitiva del signo en el interior de la cultura, al margen de su siempre renovada potencialidad como significado; motivado por reflexiones que abrieran un espacio de dudas e intercambios, o en la seguridad de que el lazo que une el significante al significado es arbitrario motivado, Barthes redundará en sus diversos trabajos en esta idea central saussureana, y aún hoy entendemos con él en semiología que el signo constituye el total resultante de dicha asociación.

#### R. Discursos

La Disciplina sólo puede constituirse en un saber encubierto de carácter disciplinario en la medida en que sigue, como los intelectuales, el ordenamiento de los rituales. Si la verdad es una e indivisible y es, como lo establece Hegel, *Viejas Reglas para la dirección del espíritu*, el conocimiento existe en el orden y la disposición (en orden jerárquico) de las ideas, que es aquella que basta la verdad para alcanzar el orden de los hechos<sup>1</sup>. Una cierta certeza no sólo nos resulta al orden, que prevalece

<sup>1</sup> En *Los tres estilos. Discursos de el Instituto polaco de Sociología y Filosofía del Derecho de 1957* en la obra escrita "Y es de observar, en todo lo que ocurre, que no esgo el orden de los rituales, sino solamente el de los ritos" (pp. 12, 20, 26, 27, 30, 31). Ver más tarde, entre otros, a la edición *Discursos de Disciplina*, publicadas por C. Adeler y P. Thunberg. Nuestra presentación se corresponde con la